

Futuro y memoria. El papel de las comunidades culturales entre la custodia y el diseño de la humanidad

Marco Moschini | Università degli Studi di Perugia

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5626>

RESUMEN

Los lugares culturales deben atribuirse, en la actualidad, una nueva misión: convertirse en laboratorios en los que construir el futuro y la comunidad. La lealtad a la que están obligados es consecuencia de su vocación como custodia de la memoria, y solo podrán llevar a cabo este cometido si permiten un acceso a la cultura entendida, no como una mera exhibición de objetos, sino como un lugar abierto en el que rediseñar continuamente la propia pertenencia y abierto a lo inesperado de los tiempos. Lugares vivos, semillas de un futuro meditado, que nos acojan y permitan situarnos, individual y colectivamente, en una humanidad realizada.

Palabras clave

Comunidad | Cultura | Futuro | Memoria | Patrimonio cultural | Persona |



Memoria | foto r2hox

Future and memory. The role of cultural communities between custodianship and the design of humanity

ABSTRACT

Places of culture must now dedicate themselves to a new task: that of becoming laboratories for building the future and community. The loyalty binding cultural spaces speaks to their vocation as custodians of memory, but their function can only be realised if in these places access to culture is allowed not as a collection of things to show, but as an open place to continuously redesign one's own belonging and of openness to what is unexpected in one's times. Places at the heart of life that provide a training ground for a future conceived and to be built so as to place oneself in a welcoming individual and community position capable of a fulfilled humanity.

Key words

Community | Culture | Future | Memory | Cultural Heritage | People |

Cómo citar: Moschini, M. (2024) Futuro y memoria. El papel de las comunidades culturales entre la custodia y el diseño de la humanidad. *revista PH*, n.º 113, pp. 186-197. Disponible en: www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5626 DOI 10.33349/2024.113.5626

Enviado: 10/05/2024 | **Aceptado:** 23/07/2024 | **Publicado:** 10/10/2024

El futuro es una promesa, pero ¿es posible un futuro sin memoria? Este es el tema que me he planteado y es una cuestión compleja, ya que implica una lectura especialmente cuidadosa del mundo en el que vivimos, que no pase por alto los matices y que, sobre todo, no olvide las enormes posibilidades de reflexión que nos proporciona la memoria. La preservación de la memoria de nuestra cultura y de las raíces, emana de la riqueza de nuestro patrimonio. Debemos tenerlo en cuenta de cara a la necesaria proyección del futuro. Se podría decir que el momento presente es de maduración de las raíces de nuestra historia; especialmente en un país como Italia que tiene de manera contante ante sí la evidencia en su gran patrimonio. No debemos olvidar que es precisamente este rico legado el que nos da la fuerza para el compromiso educativo con los jóvenes. Un compromiso que pasa por la valoración del patrimonio de la memoria que nuestra tradición nos ha legado, tanto en sentido material como inmaterial, y también en el momento de la creación de una memoria digital (De Kerchkove 2018).

El conocimiento del mundo, unido a la lectura del universo cultural en el que vivimos, puede dar un giro significativo al compromiso de promoción que la cultura debe desempeñar en esta época (De Biase 2020).

No es tiempo para operaciones, acciones o intervenciones educativas y culturales que nazcan única y exclusivamente a partir de una programación cuidadosa. Necesitamos leer atentamente el mundo en el que vivimos, la cultura en la que estamos sumergidos, sin olvidar que todo esto "permanece" en el tejido de las ideas que marcan cada época y las personas que las viven.

Prestar atención a todo esto significa escuchar las necesidades de nuestro tiempo. Significa quedarse y habitar en una cultura que debe comprender, antes de reconstruir; que debe captar lo esencial para repensarlo; situarse en una memoria capaz de fundamentar cada paso que se da hacia adelante.

No olvidemos que los tiempos que vivimos nos obligan a mirar las marcas que los acontecimientos recientes han grabado en nuestra piel, siendo relanzados a una especie de repetición de la historia, de la que su propia enseñanza debería habernos librado.

En los lugares en los que se hace cultura, todos estamos comprometidos a abrirnos de forma directa y sustancial, a leer cada una de estas marcas históricas y a dejarnos llevar por los juicios morales que las experiencias históricas nos imponen. Estamos en una época en la que, además, debemos mantener los ojos bien abiertos ante las fragilidades y las situaciones que son punto de partida para descubrir las riquezas y los recursos humanos y éticos de nuestro tiempo.

Disposiciones y capacidades que, precisamente porque nos vemos desbordados por una actualidad a menudo inesperada, debemos reforzar. Fortalecerlas con el sostén de la memoria, pero no como una simple veneración del pasado o una conservación de lo que fue; sino considerándola la tierra sobre la que se apoyan nuestros pies, el recuerdo vivo de un pasado que ha de servir para comprender el presente, y a partir del cual se diseñará el futuro como auténtico lugar prometido (Augé 2012).

A la necesidad de escuchar el “hoy”, añado una nota personal: esta dimensión nos ofrece la oportunidad de contar con un tiempo propicio para obtener una voz auténtica, que sea capaz de hablar no en abstracto, sino teniendo en cuenta lo que somos. Una voz con la que poder conversar en nuestro recuerdo y en nuestra posición en la historia. Una voz llamada a gritar, no para derribar, sino para construir, para fortalecer las comunidades y para hacerlas cada vez más vivas y fértiles. ¿Cuándo, si no es ahora, daremos fuerza y vigor a la inspiración cultural que sustenta la fraternidad entre las personas? ¿Cómo no entender al individuo y lo humano? (Marianelli y Sacco 2019).

Este es el momento de la proximidad con el sujeto. No solo para permanecer “a su lado”, sino también para educar y dar testimonio. Es el momento de las palabras verdaderas, de las miradas amorosas y de las acciones justas. Tenemos un tesoro carismático, los lugares culturales que debemos preservar y desde los que la cultura nos habla: nuestros territorios, los legados históricos, las memorias transmitidas y el testimonio cultural que vivimos. Una riqueza que sobreabunda, porque reside en el corazón de cada persona y se alimenta de cada espíritu, sin distinción de cultura o circunstancias personales.

Esto es especialmente importante hoy en día, cuando a la pobreza cultural se une la pobreza material, y esta última, a menudo, es generada por una pobreza intelectual, que comienza en el olvido de la propia memoria.

Un tiempo encerrado en la soledad sin referencias, insatisfactoria y deletérea.

Pobreza material y pobreza cultural que, en la era globalizada, marca prácticamente a todas las generaciones. Nos enfrentamos a una forma de cultura del “yo sin el yo”, del “yo sin el tú” y menos aun el “nosotros”.

Estas son las fronteras de una pobreza peculiar: la pobreza que resulta de la patología de la libertad/ de una libertad enferma (Anders 2018).

Es una época de una pobreza que puede definirse como un fenómeno dinámico y multifacético. En algunos países se trata de pobreza material, una pobreza que clama justicia y que exige opciones políticas adecuadas.

Para todos, se trata de una pobreza ecológica, donde el compromiso con el mundo, con este hogar común, con el respeto de la tierra, con su sostenibilidad, evidencia la necesidad de llevar a cabo un inmenso esfuerzo de carácter ético y educativo, que parta de la preservación de la memoria de lo que somos. Y lo que somos reside en la memoria del pasado, que se despliega ante nosotros con la necesidad de ser interpretado, para liderar así una renovación de los tiempos.

Sin este esfuerzo, nunca habrá políticas adecuadas, ni llamamientos a la humanidad capaces de hacernos entender la necesidad urgente de entendernos para poder avanzar hacia una transición ética que transite por la colaboración y la construcción del bien común.

Existe, y es significativa, la pobreza educativa y cultural, parte destacada de la dimensión múltiple del fenómeno paupérrimo radical en el que vivimos. Una pobreza que impacta sobre todo en los jóvenes (Allegra 2020).

Debemos afrontar este reto cultural por ellos, mostrándoles las posibilidades de lectura del propio yo, que se pierde en la incapacidad de gestionar la emotividad y las relaciones, y de la propia presencia en este tiempo, que no puede producirse al margen de la memoria y de su preservación.

Una incapacidad de habitar la memoria, que es un fenómeno complejo, y que no está en el punto de mira de las familias, las escuelas, la comunidad y las políticas de juventud.

De esta forma, todos somos los vulnerables silenciosos, no evidentes. Todos estamos expuestos a una pobreza educativa y cultural, además de económica, con un miedo sustancial a ver cómo nos niegan nuestros derechos.

Debemos responder a estas exigencias a partir de un estatus cultural y una memoria que sería necesario repensar continuamente. Todos debemos dotar a los lugares culturales con nuevas estrategias de presencia y contraste, y con nuevas formas de acompañamiento, orientadas a una reflexión más profunda. Esta no será posible sin el fortalecimiento de nuevas formas de preservación y restitución de la cultura y de la familiaridad, insiriendo la memoria en los centros educativos y las universidades, las comunidades y la ciudad (Manent 2010).

Se trata de regresar al fundamento de nuestra propia humanidad, que se nutre de y en la memoria. En ella se realizan las acciones morales y sociales que son útiles para la valorización de la persona, de la libertad y de la reciprocidad. Una cultura que ofrece contextos y memorias que, en el presente, representa elementos para "observar" y voces para "escuchar". De su comprensión puede surgir el compromiso y la responsabilidad (Bellet 2009).



Taller sobre tradición y patrimonio artístico medieval con estudiantes universitarios de la Universidad Católica de Lyon y de la Universidad de Valencia. Galleria Nazionale dell'Umbria, Perugia, julio 2024 | foto M. Moschini, de todas las imágenes del artículo si no se indica lo contrario

Es evidente que debemos organizar lugares culturales, de preservación de la memoria, que sean activos y propositivos y que sean capaces de proporcionar la posibilidad de un disfrute efectivo del legado patrimonial artístico. Laboratorios de la acción transformadora del mundo a través de la fuerza hermenéutica de la mirada viva y laboratorios de recreación y regeneración artística.

Necesitamos nuevas formas de dirigir la educación y el sistema formativo. Este es un reto que debemos asumir y situar a la cabeza de nuestros compromisos (Dal Pozzolo 2021).

Si esta es la condición histórica en la que vivimos y estas son las cuestiones que se nos plantean, debemos reconocer en el compromiso cultural el elemento sobre el que apoyarnos. Una categoría de pensamiento sobre la que basar nuestra acción y construir la fidelidad que queremos expresar al sujeto, en esta época de aceleración y aparente desvinculación del compromiso.

Esta acción es fundamental porque constituye la bisagra sobre la que gira la importante función que el concepto de futuro desempeña para el bien de la humanidad. La posibilidad de pensarlo en sus dimensiones éticas, y también como oportunidad. El futuro es ciertamente una oportunidad que se nos



Taller de autonarrativa

brinda para la preservación de la memoria cultural que nos viene dada. Al fin y al cabo, la memoria es la memoria de los proyectos futuros concebidos y realizados (Jedlowski 2017).

El futuro es un concepto muy importante, porque todos sabemos que no hay vida sin perspectiva. No hay vida sin futuro. No hay cultura sin futuro, porque esta se proyecta no para dejar huella en el tiempo presente, sino en el futuro. No hay relación entre los humanos sin que esta se proyecte hacia el futuro. No hay educación sin pensar en el futuro, porque no hay persona que no esté comprometida con la construcción del más allá, el suyo y el de quienes están cerca, en su comunidad.

Pero la palabra futuro es una palabra profundamente arraigada en el pensamiento. La filosofía y la cultura se expresan en una promesa de futuro: una promesa de una novedad continua.

La esencia de nuestra humanidad reside en nuestra forma de vernos y de proyectarnos en el futuro.

La esencia de nuestra interrelación humana se sitúa en una promesa y en una realidad que se basa en la relación “yo-tú”, en la relación y en la conexión, en la cercanía, en la condición de amar y ser amados. Todos nos situamos en el horizonte de un amor que nos presenta promesas que deben cumplirse:

- > Yo contigo por los demás; yo contigo para hablarte de nuestra verdad. La verdad sobre ti, la verdad sobre nosotros, sobre nuestras elecciones y nuestras visiones.
- > Yo contigo para hablarte de la belleza de vivir en un mundo que nos pertenece y cuya belleza debemos potenciar sin perturbarla.
- > Para hablarte de la bondad que brota de las acciones justas, de las buenas obras, prolíficas para los demás.

El futuro es el lugar por excelencia de la proximidad, de la proyección y del continuo ajuste y valoración de todas las acciones que deben cumplir estas promesas.

El futuro es la categoría que obliga a cada “yo” a encontrar un “tú”, para construir juntos un “nosotros”. Para decirnos que ¡no puede existir nada más que este “ser para nosotros”!

Con “nosotros”, en “nosotros” se expresa un compromiso con los demás.

Es la categoría que sirve de remedio para la soledad, que se abre a una comunidad gozosa, al auténtico encuentro significativo, porque es un encuentro

de vida, que requiere el intercambio de ideas, el compromiso para dotarnos juntos de competencias, que se identifican en un sueño de vida individual y común; acompañado y vivido juntos.

Necesitamos todo esto y lo necesitan, sobre todo, los jóvenes. Jóvenes profundamente marcados por la soledad, por las patologías que de ella se derivan y que he mencionado antes.

Las patologías de la soledad son también las patologías de una libertad no expresada, porque la libertad no es algo que se viva en soledad. La libertad es siempre un encuentro de otras libertades que quieren introducirse en una historia que se llena de promesas.

Esto es justo lo que les falta a nuestros jóvenes y lo que debemos ofrecerles en la educación y los espacios culturales: reciprocidad y fomento de la cooperación para el bien común (Alici 2004).

Si todo esto es cierto, necesitamos una presencia construida significativamente en torno a este núcleo conceptual, alrededor de la idea de un futuro prometedor, identificado conjuntamente, que se ofrezca y se proponga a los jóvenes como una perspectiva de encuentro de libertad, puesta en juego mediante competencias, que sirva de apoyo a su proyecto vital. Hacer que se sientan en un hogar de hermanos y hermanas (no de maestros que los



Actividad participativa relacionada con el cultivo local comunitario

observan), de semejantes conscientes de nuestro horizonte porque conservan una memoria que obra en nuestra experiencia y actúa más allá de sí misma. Por ello, cada espacio cultural debe convertirse en un lugar de memoria histórica, cultural e individual, en la dimensión de una promesa de compromiso, como laboratorio de futuro.

Como en cualquier hogar, nadie está excluido de un proceso de lealtad y de presencia, porque cuanto más cercana es la presencia, más exige que sea compartida. Cuando una presencia es cercana, todo debe vivirse en comunidad, que es exactamente lo contrario que una agrupación de individualidades. La comunidad no es una asociación que diluya fácilmente en subjetividades. Es un todo, en una colaboración plena, que vive en lugares de confrontación y de diálogo, porque son aquellos en los que estas acciones se llevan a cabo, independientemente de lo que somos y de lo que hemos sido.

Es necesario buscar lugares donde la memoria y la producción de nuevas perspectivas vayan de la mano y se ejecuten conjuntamente, en una acción común, envolvente y consciente, donde todos se sientan valorados y cuidados; para custodiar la comunidad social.

Los lugares culturales se convierten así en lugares de un "nosotros que educa". Se convierten en una comunidad de personas comprometidas en



Estudiantes de filosofía y educación dedicados al cultivo local con personas de una comunidad de viviendas sociales

la construcción de unos caminos futuros, donde no hay un "yo" resplandeciente, sino muchos "yo", que son un "nosotros", que construyen relaciones auténticas, acogedoras y valiosas. Lo que este mundo y este tiempo niegan a la juventud, y cuyas señales negativas no son más que epifenómenos de una falta de acogida, valoración y de una relación auténtica.

¿Qué nos pide entonces el momento actual? Que correspondamos a un futuro prometedor ofrecido por una presencia consciente, responsable y lista para el cuidado de:

- > una comunidad cultural que mire hacia sí misma y encuentre lugares en los que observarse;
- > un grupo que sepa aprovechar los espacios auténticos vitales de expresión artística y de reflexión;
- > que sea capaz de reconocer los cambios individuales, sociales e históricos;
- > que sepa narrar las transformaciones personales, los históricos, los cambios que tiene delante para empujarlos a posiciones diferentes, analizadas como mejores y más adecuadas;
- > un grupo con elevadas capacidades de diseño, que las utilice para acompañar y reconocer sus propios tiempos y visualizar el futuro.

Es obvio que, para atender las exigencias culturales, tal y como las he descrito, y consolidar nuestra presencia educativa, no podemos prescindir de algunas acciones básicas que construyen la forma de entender y vivir la educación cultural y la investigación en los espacios culturales, que van desde los museos a las instituciones educativas, desde los lugares activos en la vida cultural a las bibliotecas y archivos (Christillin y Greco 2021). Sin olvidar que:

- > tenemos la responsabilidad de prestar atención a las habilidades que debemos cultivar, y no improvisar;
- > necesitamos saber mirarnos y reconocer nuestras propias necesidades para ayudar a los demás a crecer;
- > debemos adquirir la capacidad visionaria, les decir, la habilidad de leer los signos de los tiempos y proyectarnos hacia adelante;
- > no avergonzarnos de nuestras fragilidades y tampoco de las ajenas, sino saber retomar la marcha a partir de las mismas;
- > ser fieles a la memoria que nos ha constituido, con las opciones que creamos oportuno proponer, pero velando por su permanencia en la realidad en la que vivimos;
- > y tener capacidad de investigación.

Así pues, tenemos la obligación de soñar con una nueva formación, prometedora, que se nutre de una mirada al futuro en la que se garantice la presencia significativa de las comunidades. Debemos asegurar, en todos los

entornos educativos y culturales, un hogar y una “plaza” donde los jóvenes puedan vivir la proximidad.

En los lugares culturales se hace necesario el testimonio de alguien que sea capaz de proponer visiones de horizontes inesperados, al tiempo que se requiere la capacidad de permitirse una mirada atenta sobre uno mismo.

Debemos convertirnos en comunidades que cuiden, que atiendan al ser humano, para transformar la vida ordinaria en algo extraordinario.

Si cultivamos todas estas actitudes y lo hacemos desde esta perspectiva, profundamente atenta al tiempo en que vivimos y, a la vez, profundamente humana, debemos recordar la obligación de cultivar una dirección educativa y comunitaria de la cultura que la mantenga siempre abierta y disponible a un cambio de posición, porque no se detiene en sí misma. Necesitamos actitudes que sean cercanas de manera concreta.

Salir de la lógica de la colaboración, para entrar en la lógica de la cooperación entre semejantes, ofreciéndoles un lugar, un lenguaje, unos estilos que hagan posible el reconocimiento del “yo” comunitario y al mismo tiempo el fortalecimiento del propio “yo”, de sus capacidades que deben revertir en la comunidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Alici, L. (ed.) (2004) *Forme della reciprocità*. Bologna: Il Mulino
- Allegra, C. (2020) *No Space for Poverty*. Tesis doctoral. Università Pegaso Internaitonl di Malta
- Anders, G. (2018) *Die Weltfremdheit des Menschen: Schriften zur philosophischen Anthropologie*. München: Beck
- Augé, M. (2012) *Futuro*. Milán: Bollati Boringhieri
- Bellet, M. (2009) *L'écoute*. Paris: Desclée de Brower
- Christillin, E. y Greco, C. (2021) *Memorie del futuro. Musei e ricerca*. Torino: Einaudi
- Dal Pozzolo, L. (2021) *Il patrimonio culturale tra memoria, lockdown e futuro*. Milano: Editrice Bibliografica
- De Biase, F. (2020) *Rimediare ri-mediare. Saperi, tecnologie, culture, comunità e persone*. Milano: FrancoAngeli
- De Kerckhove, D. (2018) *Il futuro della memoria*. Roma: Castelvechi
- Jedlowski, P. (2017) *Memorie del futuro. Un percorso tra sociologia e studi culturali*. Roma: Carocci
- Manent, P. (2010) *Les métamorphoses de la cité. Essai sur la dynamique de l'Occidente*. Paris: Flammarion
- Marianelli, M. y Sacco, G. (2019) Ferita e incontro dell'altro: i desideri e l'incondizionato. En Casucci M. (ed.) *Economia e beni relazionali. Tra desideri e realizzazione dell'uomo*. Napoles: Orthotes, pp. 107-121
- Petagine, A. (2007) *Profili dell'umano*. Milán: FrancoAngeli
- Possenti, V. (2006) *Il principio persona*. Roma: Armando